

I BIENAL DE ARTE FLAMENCO "CIUDAD DE SEVILLA"

I

«En la ciudad de Sevilla, y en el Teatro Nacional «Lope de Vega», se celebra a la una hora del día 18 de abril de 1980, y una vez finalizada la tercera jornada del Certamen «Giraldillo del Cante», reunión del Jurado para proceder...»

Que yo empiezo por esto no por nada, sino porque vosotros, al menos una inmensa mayoría de vosotros, no tenéis ni idea del desgarrado de velos del templo, de las barbas mesadas, de los «no es esto-no es esto», de los «pero, bueno, ¿quién sabe aquí de flamenco?»; de las hojas barberas chorreando el amarillo silencio del mal café, que surgieron como hongos azules (lenguas, plumas cianóticas), sobre los satinados folios que contenían las fotocopias del recto proceder del Jurado.

Aunque la I BAF no fue sólo eso. Ni mucho menos. Pero los fantasmas la rondaron en todo momento: el fantasma de la belleza, el de la soberbia, el del boicot, el del amor y la luz, el de las venganzas que reptan dedo a dedo por los adoquines viejos, por las enconadas arrugas, mal tapadas con polvos de arroz, de la cara de mi Sevilla (puta borracha que se inventa los tironeros para poder salir ella sola por su noche. Pendona vieja que sale siempre sonriendo de misa).

Fantasmas, en fin, que nos han estado mirando a todos desde la barandilla verde del desasosiego y el ritmo.

Y las Fuerzas Del Bien estaban claras: cinco arcángeles-niños: José Luis Ortiz Nuevo (espada de voluntad y ¿quién como Dios?), Paco Sánchez Cabrera (el cuello de la camisa siempre abotonado para que el resplandor no se le saliera y se fastidiaran las prudentes iluminaciones), Pepe Gómez (el nuevo Tobías de la Peña «El Sombrero»), Emilio Jiménez (el San Gabriel de los periódicos) y Manolo Centeno (blanco león de la calle Torrijano). Y un solo Dios verdadero: don Antonio Mairena (yo lo llegué a ver, ¡os lo juro!).

Y las Fuerzas Del Mal también eran muy claras: pero, bueno... Belcebú, Hastaroth y Belial. Como siempre.

II

Todo empezó un 27 de marzo: José Luis lee un manifiesto que suena raro y liberador entre los tapices goyescos de un vetusto salón de

los Alcázares: un busto-relicario al oírlo se llevó las manos a la cabeza: ¡se rompía la Cuaresma!, y, además, aquel papel pretendía enlazar, con la Bienal, el ritmo de las bambalinas de un palio, el brillo de una canastilla, con el son de las cortinas de cualquier caseta de feria: para eso era la I BAF. Los aplausos comienzan a aletear alrededor de la única luz que, bipolar, tras las palabras, se conserva: un steinway & sons de gran cola y el lienzo original de Joaquín Sáenz que fue cartel: marco de seda bordada que se derrama en flecos sobre una mirada ida y transparente de olvido de Sevilla. Y aparece José Romero, pontífex max. de la gracia y el estudio en las nuevas formas musicales andaluzas. Pepe, sentado al piano, sufre, recuerda y banderillea lenguas, infancias de Osuna, viejas corridas de viejos toreros con gigantes cuernas, razias a cuchillo sobre la antigua judería de Sevilla: El Zohar y El Libro de Jasher *auxilian a su hijo*: sólo así se explica que dedos y teclas puedan hacer un portamento perfecto sobre bordón de guitarra. (Sé que hubieras querido morir, Joseph, al acabar tu *Romance número 3* en su quiebro último.)

El anticipo y la guerra se abrieron el mismo día.

Aunque ya se habían disparado algunas flechas que quedaron cuajadas en la buena fe, pero se intentaba, aunque sólo eso fuera: un pequeño exordio sanguinolento: Lebrijano.

Las peñas de España escogieron adalides. La arena difícil: Sevilla; las armas de las de cuajarón y pulmón reseco: doce: tonás, seguiriyas, soleá, tangos, polos o cañas, bulerías, cantiñas, malagueñas, granaínas, cantes de Levante, peteneras y fandangos.

Lebrijano dio la espantá: «No hay ningún gitano en el jurado.» ¿Tú qué sabías? Sí, cuando llegó tu telegrama, todavía estaba don Antonio Mairena diciendo que «no, que yo ya estoy retirado, que estoy enfermo y esto sería una responsabilidad muy grande para mí». ¿Tú qué sabías? El acta notarial existe, ya, por fin, cuando no era posible herir a nadie, todo ha salido a la luz. No dejes que te traicionen tus propios motivos; nada de racismos; el padrecito Manolo Barrios desde su cariñosa admiración te cuenta: «Me he dado cuenta que Juan Peña Fernández no reúne las condiciones para ser ese gitano que él reclama, porque sus rasgos físicos no responden a los del 'romaní', 'chái' o 'zingalé'; porque su nombre de pila es hebreo, no 'calorró', y porque su apellido ni siquiera es andaluz, sino castellano viejo, burgalés...» Desaire a esas ciento cincuenta peñas que te eligieron. ¿Un gitano desagradecido? Miedo.

Lo malo es que esta pobre polémica fue acogida no en sí misma, sino con considerables dislates en sectores de prensa interesados en que ciertas iniciativas nunca salgan bien.

III

El cirio pascual se encendió en el Lope de Vega, el Sábado Santo, en la comunión de toda una *Andalucía flamenca*, que Manuela Vargas tejió cuadro a cuadro y luz; Penélope eterna hasta sentir dentro que ha vuelto o encontrado el Odiseo andaluz de sus tablar, de sus manos, de cualquier música (o lobo negro) arañada, pellizco incesante, arrayán amargo, uva pasa henchida de aguardiente: «lo malo es que no puedo ir descalza... El suelo de este teatro está tan malo». Paró en Sevilla ocho madrugadas de búsqueda en perfiles de escenarios, sobre un tapiz que, noche a noche, le iban bajando las Santas Justa y Rufina de Utrera y del cante: Fernanda y Bernarda. Un San Sebastián que parecía continuamente asaeteado en un sí es no es de unos ojos, algún giro, el resallar de sus manos o sus pies en fusta inexplicable: El Mimbres.

El Domingo de Resurrección: ¡A las doce! ¡Es a las doce! Todos los aprendices de brujo, apóstoles de la nada, monaguillos de su candelabro, buhos, bebedores de su aceite, esperando que rodara la enorme losa mortuoria, ¡que los pomos se rompan!, ¡que se derramen los bálsamos!, que rodara la piedra haciendo mil cascotes la cueva lejana de Madrid. Y apareció el Maestro: Luis. «Está igual», decían los discípulos amados. Luis Rosales, pregonero de la I Bienal de Arte Flamenco: su cara de marino tierno nos habló tanto con los ojos que a veces el timbre de la palabra, el pulso y el sentido gustaba buscarlo en el brillo, ese momento, de sus pupilas claras entre el carey y las conchas: cuando hablaba del movimiento de las manos lo encontrábamos en el fondo de su estero; si la palabra era vino, la veíamos bailar entre la leguna y la mirada; el «ayeo» le enarcaba las cejas hacia dentro, como a una virgen de palio.

Luego en esa misma mañana, como convocados por el poeta, bajaban Falla y Turina, arqueros populares de la música del 27, y la escenografía añil y sonora de Luis Mariani. La Orquesta Bética Filarmónica y Jacinto Matute al piano supieron cubrir con amor la cúpula del teatro (como de muñecas) de la Exposición de 1929. El epílogo unitario, Himno de Andalucía, lo cerró todo.

La Sala Municipal de Cultura San Hermenegildo, para los que no la conozcáis, diré que fue antigua iglesia barroca: actual cáscara blanca, columnas, frescos dorados, galerías y balaustrada circular y completa: es como si le hubieran sorbido el culto y el rito por balcones y ventanas hasta dejarla tan desolada y hermosa. Allí estrena el Grupo Teatro Gitano Andaluz un MUSICAL JONDO. El escenario (panorama negro en semicírculo, tablas negras; iluminación cenital y sobria, a veces, de roja lámpara de sagrario) podía haber sido cualquier oscura capilla de la ca-